

El mundo, miércoles 23 de noviembre de 2011

> PRIMAVERA ÁRABE / La inspiración de la revuelta

Un nuevo mártir para una revolución incompleta

El copto Mina Daniel se ha convertido en un icono en Tahrir

FRANCISCO CARRIÓN / El Cairo
Especial para EL MUNDO

Solo tenía 20 años y el realismo de soñar lo imposible. A imagen de su héroe, el Che Guevara, el copto Mina Daniel lucía barba y melena hasta el hombro. Como miles de compatriotas, trasladó su domicilio a Tahrir durante los 18 días de revueltas que enterraron al faraón. Y, cautivado por la épica del perímetro, jamás llegó a abandonar el lugar. Ni siquiera el 9 de octubre cuando, a unos metros de la plaza, el certero disparo de un francotirador le atravesó el pecho causándole la muerte.

Por extrañas casualidades del destino, su vida se marchitó sobre el asfalto cairota en la efeméride de la ejecución en 1967 de su idolatrado comandante. Junto a él, otros 27 manifestantes coptos perdieron la vida en aquella noche de enfrentamientos entre militares y cristianos que participaban en una marcha pacífica.

El relato de la pasión y muerte de Mina fascinó entonces a miles de egipcios, que sumaron un nuevo mártir a los más de 850 del levantamiento de primeros de año. A ellos hay que sumar otros 35 desde el viernes. «Es como si estuviera aquí. Mina fue el héroe de una revolución incompleta», explicaba ayer la joven Rehad mientras una multitud coreaba consignas contra la Junta Militar.

El activista cristiano es el nuevo rostro de un grito que nació de la cara desfigurada de Jaled Said, apaleado hasta la muerte por dos policías en Alejandría en junio de 2010. Su denuncia alumbró *Todos somos Jaled Said*, uno de los movimientos que luego encendería la llama con la

convocatoria de las primeras protestas. En las calles de la capital egipcia, los grafitis que evocan a Said comparten ahora espacio con la silueta de Mina. «Mi hijo se fue al cielo junto a los ángeles. Dejó de existir

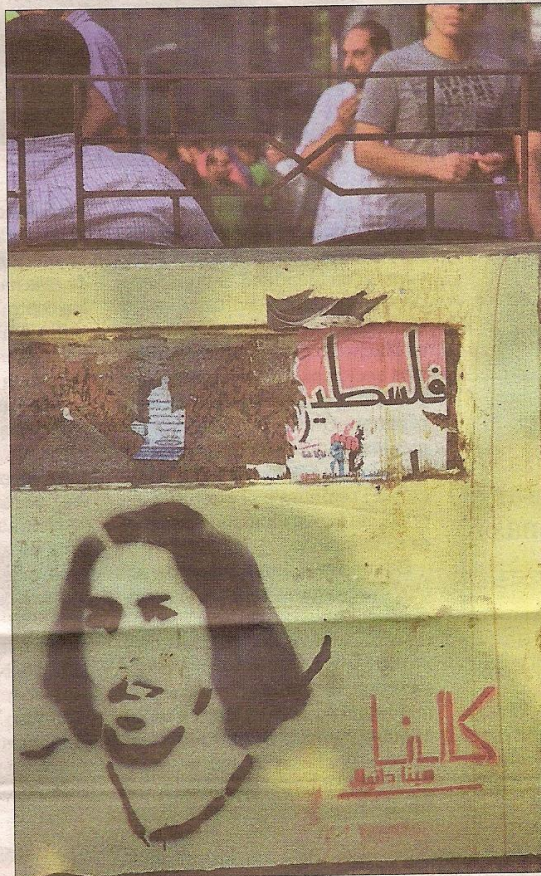
manifestaciones porque él sería incapaz de hacer nada contra el Estado en solitario».

Durante los últimos años, Mina siempre aparecía allá donde un disturbio requería voluntarios. Pasó

cuatro días en Alejandría a principios de año cuando un atentado contra una iglesia, reivindicado por Al Qaeda, mató a 21 fieles y dejó 79 heridos. «Me llamaba por teléfono para contarme cómo había restos humanos esparcidos por el templo a causa de la explosión», agrega Nadia.

El 11 de febrero el dictador cayó, pero desde entonces, Mina regresó una y otra vez al kilómetro cero de la revolución. Formaba parte del ejército de egipcios que se reunía cada viernes para forzar a la Junta Militar a nombrar un nuevo Gobierno, purgar el aparato policial o juzgar al dictador y sus vástagos. «Mubarak se fue y Tantaui siguió su misma senda», lamenta Nadia al recordar que su hijo fue víctima de unos militares encargados de proteger el cambio. «El único arma que llevaba cuando le asesinaron era una cruz, nuestra fuerza».

Mary, una de sus hermanas, acompañaba a Mina durante aquella marcha que acabó en un baño de sangre. «Su último deseo fue que su féretro recorriera Tahrir», reconoce la mujer, que se ha convertido en la portavoz de la familia. El fogueo de su cortejo fúnebre cruzando la plaza unos días después de su fallecimiento conmovió a una sociedad que ha vivido en vilo 10 meses de transición y que se ha reencontrado en las calles para hacer cumplir las promesas de los militares.



Un grafiti con el rostro de Daniel en una estación de metro. / F.C.

tir aquí pero sigue vivo allá», relata a EL MUNDO Nadia Beshara, la madre del activista copto. El periplo de la familia nunca fue sencillo. Hace décadas emigraron desde el sur del país a El Cairo y levantaron un hogar en un arrabal de calles sin pavimentar ni alumbrado público.

«Mina siempre me decía: 'Mamá, aquí no hay libertad y la gente vive en la miseria', explica su primogénita mientras da sorbos a un vaso de té. «Insistía en que el país debía liberarse, y yo le pedía que no fuera a las